

VIII.

EL PRIMER DIA EN PARIS.

EPISODIO (1).

Para un espíritu observador, para una imaginación viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el día de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que, ó no se borran jamás, ó dejan honda huella en el corazón y en los sentidos.

Yo llegaba á París por *Charenton* (2), así como otros

(1) Este artículo, que forma un episodio en los presentes *Recuerdos de viaje*, fué escrito en otro que verificó el autor siete años ántes á Francia é Inglaterra (1833-1834). Sin embargo de esta circunstancia, y de la disparidad de estilo y forma en que escribió ambos *Recuerdos*, parecele oportuno colocarle aquí por la homogeneidad de objeto, aunque haya de incurrir en la repetición de algunas ideas.

(2) En dicho primer viaje había entrado en Francia por Cataluña y recorrido las provincias de la Provence y el Lionés ántes de llegar á París.

van á Charenton (1) desde París. Habia salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melun*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, habia abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viaje, tambien jóven, tambien extranjero, y tambien, como yo, deseoso de gozar.—Ignoro si á él le sucederia lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte, no podia apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanáres desde el *Sena*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*.

Y todavía no eran éstas las comparaciones más desventajosas; pero cuando veia desplegarse á mis piés aquellas ricas y frondosas campiñas; cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles; cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de casas de campo (*châteaux*), paradores (*hôtels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian acrecer la idea de la capital que iba á conocer; cuando ésta se desplegó á mi vista en toda su extension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenía yo tan impresos en mi mente; cuando, en fin, comparé todo este majestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude ménos de dejar escapar un suspiro, que

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de éste.

Ya habíamos pasado el puente de Charenton, y yo, contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al conductor cuánto nos faltaba aún para ésta.

—Dos leguas, me contestó.

Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluía; ántes bien, de bajas y sencillas, iban tomando formas más majestuosas y elegantes; ya se dividían en calles traviesas y de una prolongada extensión; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruajes de todas las formas conocidas, de trajineros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veía desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés..... y sin embargo, París no parecía.

—Conductor, ¿cuánto nos falta aún para llegar?

—¿Adónde?

—A París.

—Hace hora y media que estamos en él.

—Pues ¿cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde Charenton.

—¿Pues no habia dos leguas?.....

—Sí, señor; pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

—¡Con que, esto es París! ¡Dos leguas! Por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podían encontrarse en cualquier parte..... — Pero, señor, ¿adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y aún no

hemos llegado al punto de parada, y eso que vamos en piés ajenos : ¡cielos! ¡Qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los míos! ¡Qué tristeza!..... Esto será vivir solo en medio de la multitud. — Esta sentida reflexión es terrible, y sin embargo, es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡Qué calles tan sucias y oscuras! ¡Qué casas tan negras! ¡Qué monotonía, qué pesadez de edificios!—¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá, con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolución.

«*Hôtel Royal des Messageries.*» ¡Hola! Aquí es donde harémos alto..... ¡Qué confusión! ¡Cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Brusélas; el otro, de Viena; el de más allá, de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan y me hacen mil reverencias?..... ¡Ay! ¡que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡Que los meten en aquel coche!..... ¿Qué es esto? adónde me llevan ustedes?

—*Entrez, Monsieur.*

—Pues, señor, héme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; pero ¿á dónde nos dirigimos? Veamos las papeletas de los *hôtels* que me han dado estos hombres..... escojamos.

—Conductor, al *hôtel de..... Rue Richelieu.*

—Estamos en él.

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un

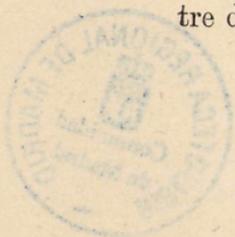
hôtel por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luégo puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquélla, donde va á reunirse constantemente lo más escogido y brillante de la poblacion de Europa; donde los potentados y áun los reyes llegan de incógnito, confundiéndose con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luégo concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles más grata su permanencia.—Así es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hôtels* por el espíritu de la especulacion. Añádese á esto la elegancia y primor del mueblaje de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el órden admirable en el régimen interior de aquellas casas, en las que cada uno llega á dudar si está solo, y si sólo para él se prodigan aquellos cuidados, y no se extrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de ménos las comodidades de su propia casa, por muchas que sean.

Héme aquí instalado en mi habitacion parisiense, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secrétaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas. ¡Cuán grato es aquel primer momento en que uno, entregado á sí mismo y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha, aunque mudos, decirle todos: «Estás en París.»



Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndoos de guía en el laberinto de París; para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los Museos y Bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña, os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París; es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta gusta de ostentar sus perfecciones; es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.

No léjos de él, viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á *dos francos por hora*; ése os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se extiende más allá de las fachadas y de los patios de los edificios.—Luégo viene el barbero con su cajita llena de unguentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de piés á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *Fígaros* españoles.—Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido á la cabeza, y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir*.—Luégo entran las fantásticas tarjetas de *adreses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores y gabinetes de lectura de todo el cuartel.—Y por último, teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el más cansado de todos aquellos solícitos



servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba abajo, y mirará vuestros trajes con una sonrisa compasiva; despues, dirigiéndose á vos con un aire solemne, exclamará :

—Monsieur, mucho me aflige el tener que decíroslo; pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo*.

Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medirel grado de latitud á que me encuentre; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera Guía parisien*; por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos, pues, á la calle.—Pero ¿á dónde dirigiré mis pasos? ¿Iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿Preferiré los paseos? ¿Recorreré los *Boulevards* ó el *Palais Royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle, el impulso de mis piés, y entreguémonos al númen tutelar que sin duda debe haber para los recién llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes), metido en dias de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente?—Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital.—Mírale correr precipitado de un objeto á otro,

sin entenderlos ni clasificarles en su memoria; pararse de pronto y volver á desandar lo andado, y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la extravagante muestra de un peluquero; — el prolongado faeton *ómnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería;—las caricaturas de Boily, que cubren los cristales de una estampería, como la elegante y agraciada *limonadière* que regenta el mostrador de un café;—que se rie en la cara á un sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas;—que luégo sube en un *ómnibus* para dejarse conducir *por ocho cuartos*, sin saber adónde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por sólo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacén;—y más allá se le antoja una estampa, y luégo una sortija, y despues un libro, y más arriba una caja de música, y más abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lápiz, ni papel, ni manos, ni cabeza.—Entre tanto, recibe con agrado las innumerables tarjetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luégo compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por dos reales; despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés à deux sous*, ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento de la Compañía holandesa; y luégo se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Madama Angot* y *Mr. Leprice*; y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las

Catacumbas; y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del cementerio del padre *Lachaise*.

Pero entre todos éstos, hay un momento verdaderamente solemne y magnífico, y éste es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*.—He visto bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real.—Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien, ahora debo añadir que sólo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contémpilar aquel bullicioso recinto no encontrarán exagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion sería inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interes en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magníficos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura y espectáculos de todos géneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi

estómago, más positivo aún que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacía seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa exigencia, y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que, sin haber visitado á París, calculen, de los llamados *restauradores* en aquella capital, por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los *Dos Amigos* y *Rocher de Cancale*, entre la Fontana y *Les Frères provençaux*.—Se ha dicho, no sin razon, que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto, el más delicado gastrónomo no tiene allí la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor.—De aquí la boga de tales establecimientos, que no solamente están en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital.—Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los más ínfimos hasta los más inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales, que en vano pretenderia yo aquí ni tan sólo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces

en aquella capital, gustó hacer un exámen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante.—Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entr'acte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cuál daríamos la preferencia.—¡Ahí que no era nada!—Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teníamos donde escoger. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el diablo*, *I Puritani*, *El Misántropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El Arte de conspirar*, *La Torre de Nesle*, *El Diablo en Sevilla*, *El Hombre del siglo.....* Meyerbeer, Bellini, Molière, Racine, Víctor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Plessis*, *Mrs. Ligier*, *Joanny Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ibanoof*, *La Grisi* y *La Unguer.....* y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones más *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos Eliseos*, *Italia*, *Tivoli*, *Vauxhall*, *Frascati*, el *Prado* y el *Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos y volatineros.

Pero era el primer dia que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real; creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro frances, al Teatro de Racine y de Corneille.—Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salía á ejecutar el papel de *Celimene* en el *Misántropo.....* Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas,

no pude ménos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero áun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel dia; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia Real de Música*, donde á la sazón se hallaban cantando el *Roberto el diablo*, de Meyerbeer.

Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que sólo viéndolo puede formarse idea; al ver el mágico vuelo de *Mlle. Taglioni* y demas comparsa aérea; al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé, acabada la ópera, el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches; sin hacer parada, por aquella noche, en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés*; sin apénas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero; sin acordarme, en fin, de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente dia, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas áun más gratas del porvenir.

IX.

PARIS ANIMADO Y MERCANTIL.

No es ciertamente la inmensidad de las calles, ni la belleza de los monumentos, lo que más admira el forastero cuando llega á pisar á París : es, sí, la animacion y movimiento de su poblacion, el espectáculo de su vida exterior, el contraste armonioso de tantas discordancias en costumbres, en ocupaciones, en caracteres; la constante lucha del trabajo con la miseria, del goce con el deseo; el pomposo alarde de la inteligencia humana, y el horizonte inmenso de placeres que el interes y la civilizacion han sabido extender hasta un término infinito.

Preciso es convenir, sin embargo, que muchas de las que se llaman comodidades de la vida parisiense no son otra cosa que medios inventados para destruir obstáculos, para satisfacer necesidades que en otros pueblos no existen, y que, por lo tanto, lo más que consiguen es nivelarle con aquéllos en cuanto á la satisfaccion de tal ó tal necesidad; mas no por eso deben dejar de admirarse los ingeniosos métodos con que algunos de aquellos obstáculos están neutralizados.

La dificultad de la comunicacion, por ejemplo, deberia ser sin duda uno de los inconvenientes que ofreciera aque-

lla capital : pues esta dificultad desaparece , gracias á un servicio de correspondencia interior perfectamente organizado, que permite comunicarse rápidamente por medio de multitud de estafetas colocadas en todos los barrios , y cuyas cartas se reparten de dos en dos horas.—La rigidez del clima en mucha parte del año deberia tambien hacer poco frecuentadas las calles, y paralizar en gran parte el movimiento de la poblacion ; pero para ocurrir á este inconveniente, un sinnúmero de coches, berlinas, cabriolés de todas formas y gustos, estacionados en las plazas y calles, están prontos á conducir á los que los alquilan por dias , por horas ó por un viaje solo.—Aun más : los enormes faetones designados con los nombres de *Omnibus*, *Damas blancas*, *Favoritas*, *Bearnesas*, etc., pudiendo contener cada uno de catorce á diez y seis personas, se han repartido modernamente todas las grandes líneas de la ciudad, y recorriéndolas constantemente *de diez en diez minutos*, van recogiendo al paso á todos los que gustan subir, y todavía le franquean correspondencia con otra línea, de suerte que, por *seis sueldos* (unos nueve cuartos), que es el precio de cada viaje, pueden recorrerse distancias enormes con toda comodidad.

Para proporcionar paso entre dos calles principales, para dar más extension al comercio y más elegancia á la ostentacion de la industria mercantil, se establecieron las bellísimas galerías cerradas de cristal (*passages*) de que ya cuenta París más de doscientas, y al paso que de riquísimos bazares de comercio, sirven de grato recurso contra la intemperie y el bullicio de las calles.—La inmensa afluencia de forasteros y gentes baldías ha dado lugar á miles de posadas y fondas magníficas, donde se halla satisfecho desde el más modesto deseo hasta el lujo más desenfrenado ; y la falta de la sociedad íntima (casi imposible en pueblo tan extenso y agitado) ha ocasionado

un sinnúmero de espectáculos públicos, ó más bien un espectáculo perpétuo, para el que llega á faltar hasta el tiempo material.—Por último, una bien entendida policía, ejerciendo su continúa vigilancia, garantiza la seguridad pública y privada, satisfaciendo de este modo otra necesidad indispensable en un pueblo en donde, al lado del lujo más asombroso, reina también la más horrorosa miseria; al lado de las virtudes más nobles, toda la depravación del crimen.

Hay en el idioma francés un verbo y un nombre, que se aplican especialmente á la vida parisiense, y son el verbo *flaner* y el adjetivo *flaneur*.—No sé cómo traducir estas voces, porque no hallo equivalente en nuestra lengua ni significado propio en nuestras costumbres; pero usando de rodeos, diré que en francés *flaner* quiere decir: —«andar curioseando de calle en calle y de tienda en tienda»,—y ya se ve que el que tratara de *flanear* largo rato por la calle Mayor ó la de la Montera, muy luego daría por satisfecha su curiosidad, porque en un pueblo sin industria propia, y que tiene que importar del extranjero la mayor parte de los objetos, debe ser reducido el acopio de ellos, y no dar materia á una prolongada contemplación.—París, por el contrario, es el más grande almacén de la moda, la fábrica principal del lujo europeo, y en sus innumerables tiendas vienen á reunirse diariamente todos los adelantos, todos los caprichos de las artes bellas y mecánicas; de suerte que, por muy exigente que quiera ser la imaginación del espectador, todavía puede estar seguro de verla sobrepujada por la realidad; todavía se le presentarán objetos de tal primor, que no hubiera imaginado en sus más caprichosos ensueños.

Esta actividad de la industria, este poderoso estímulo del interés, ha dado también ocasión á otra especialidad

propia de París, que consiste en el arte, ó más bien la coquetería, con que todos aquellos objetos están expuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular, de que con algunas excepciones carecen todavía las nuestras, y aún las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.—La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta sólo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacén todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los más bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interés combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero, para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamás!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las más preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría, que sólo llega á convencerse de ella, el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice: *oro, plata, diamantes*, y en el otro *imitacion de oro, plata y diamantes*.—Una relojería, para estar allí decentemente adornada, necesita

ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños y de la más rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar más.—Cada *papeterie* es un bellissimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, álbums, encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellisimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y más volúmenes en todas lenguas, áun las más extrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y ademas en graciosos maniquís del tamaño natural ofrece á la vista el cóрте más moderno de aquellos trajes.—Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demas muebles de tocador, coloca bellisimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.—Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus cristales las muestras de aquéllas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su actitud imponente y su desapacible verdad causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca